

## **Reforma de las instituciones y democracia participativa**

Jorge Mario Sandoval Cavazos

### **1. La democracia que no llegó.**

Este país está pasmado y como constipado. No hay manera de avanzar en lo que se pensaba era la gran oportunidad social y política del siglo. El año 2000 fue ese momento de gran expectativa y deseo casi materializado de poner fin a una situación que se consideraba por muchos como políticamente insostenible. Más de 70 años de un régimen autoritario, empobrecedor y corrupto de partido único iban a poder quedar atrás.

Este breve ensayo parte de algunas consideraciones que me gustaría adelantar:

1. No es posible gobernar democráticamente por medio de instituciones autoritarias.
2. La institucionalidad del régimen vigente está hecha para el control político y social.
3. La predisposición mafiosa es una constante en la organización política del país.
4. Solo con la reconversión integral de la institucionalidad política se podrá iniciar la transición democrática.

El proceso de reivindicación de la democracia había comenzado ya a finales de los años 50 y volvió a irrumpir en 1968. Algunos años después (1976), bajo la presión de una ciudadanía que deseaba acceder a los modelos de democracia representativa real con el reconocimiento del voto ciudadano, se llevó a cabo una primera reforma política que, en la letra, daba paso a la competencia partidista por el poder, permitiendo la emergencia de todas las ideologías disponibles. ¿Acaso fue ésta una primera reforma de las instituciones o bien se trató de una reforma del modus operandi de la institución priista?

Sin embargo, hubo de esperar 24 años más para hacer posible la validez del voto ciudadano. La situación actual nos obliga a preguntarnos y a exigirnos un mejor análisis de lo ocurrido en las elecciones del año 2000. No es el objetivo de este breve texto, solamente valga dudar de la eficacia de la presión social para que se diera el desenlace que conocemos. Bien se sabe que después de 1994 con la emergencia del movimiento neo-zapatista y la profunda crisis económica, el país no podía ser visto como siempre. La presión de un demócrata como B. Clinton en la presidencia de los EEUU seguramente influyó más de lo imaginado en este cambio en las reglas de la lucha por el poder político en México; sobre todo, después de acudir en auxilio de nuestra economía con uno de los préstamos más espectaculares a las finanzas de algún gobierno.

Así, el 2000 es un año de expectativa ciudadana y la llegada a la presidencia de la República de un partido opositor, marca una esperanza social de cambio. ¿Qué tan profundo se deseaba este cambio? Creo que esto no ha sido del todo dilucidado. En todo caso, una cosa se palpó en ese momento y era la concreción del hartazgo de un régimen basado en un partido único. La consigna

“echar al PRI de Los Pinos” efectivamente lo reflejó, pero dejó en la sombra las diversas trayectorias posibles a partir de cumplir con este primer objetivo.

Todo se dejó en el hecho de que al haber finalmente hecho válido el voto ciudadano y haber logrado que ese voto “castigara” al causante de la ausencia de democracia, nos hubiera permitido construirla de facto, casi como por arte de magia. Echar al PRI de Los Pinos, es decir, del ejercicio de la presidencia de la República, sancionaba nuestro acceso a la democracia y por lo tanto, a todos sus beneficios.

El primer presidente no priista de la post- revolución llega con plena legitimidad a la Presidencia y tiene una primera fase de ocupación del puesto por demás prometedora. Se reúne con todos los que le solicitan y firma compromisos con casi todo mundo. El primer año de gobierno opositor es un año de elevación de expectativas sociales. Una de las facetas de esta presidencia fue reconocer una cierta pluralidad de pensamiento y lo demostró en la formación de su primer gabinete.

Un grupo de políticos y académicos con, habían llevado a cabo desde tiempo atrás un ejercicio interesante al que le llamaron “Por una Reforma del Estado”. Estos trabajos han estado compilados y publicados en libros, presentaciones y foros y sobre todo fueron una alusión de cambio posible durante el gobierno del 2000-2006.

Pero, a casi doce años de distancia de ese momento, esa expectativa se ha transformado en un nuevo hartazgo, en otro cúmulo de decepciones. ¿Qué nos ha ocurrido? Los puntos de vista y los diagnósticos se multiplican y dividen y parece que seguimos alejados de un acuerdo en torno a definir a lo que nos ha conducido al estado de cosas en el que nos encontramos.

Lo que más llama la atención es la tendencia a la simplificación en algunos análisis. Por ejemplo, se llega a decir, que la democracia como proceso debe conocer un período de maduración que le permita a sus actores acostumbrarse a las nuevas reglas del juego. Así, la transición democrática se concibe casi como un proceso “natural” que, al permitir su libre desarrollo, finalmente nos traerá esa democracia integral y plena de la que hablamos pero que aún no logramos construir. Este punto de vista deja a la democracia con el objetivo de perfeccionamiento del juego electoral. Se trata de un problema de perfeccionamiento sostenido de las estructuras electorales. Según esto, los partidos políticos deben de madurar y conforme lo hagan, representarán cada vez mejor los intereses de los distintos grupos sociales.

Hay otra visión mucho más comprensiva que nos dice que se trata de un problema institucional y que es el conjunto de las instituciones del Estado la que debe de reformarse. En este sentido, ha habido un grupo importante de iniciativas que van desde los foros y las propuestas presentadas por el grupo para la Reforma del Estado, hasta la última irrupción desafortunada del tema con la creación de una comisión interparlamentaria y una Ley de Reforma del Estado encabezada por el senado y que finalmente quedó en los cajones de las oficinas de los propios legisladores quienes durante un año protagonizaron la escena del debate por la mencionada reforma.

Ésta, que debería de considerarse como la reforma que dará lugar a la discusión fundamental de nuestra transición democrática, ha quedado, sin embargo, en un puro ejercicio demagógico. La Reforma del Estado, promovida desde las instituciones del propio Estado, no puede fructificar pues al parecer se convierte de facto en una *contradictio in adjecto*. La propia institucionalidad autoritaria atrapa y neutraliza a sus propios agentes y les impide actuar en su contra y los somete inmediatamente a la lógica pragmática de seguir gozando de los privilegios del ejercicio del poder en lugar de aventurarse en la renovación de ese ejercicio. La pregunta elemental e este sentido es si el poder puede reformarse a si mismo.

Otra vertiente nos quiere convencer de que el problema no es reformar al Estado sino conducir a las instituciones de la República por el camino de la honestidad y el buen gobierno. Luchar contra la corrupción y transparencia es suficiente para construir la democracia que queremos. Allí encontramos curiosamente muy cercanas a la izquierda más recalcitrante y a la derecha y centro-derecha de nuestro espacio político. Se trata de un discurso moralizante que no se dota de los instrumentos para realizarse y se queda en una afirmación demagógica de cambio.

Así, entre el año 2000 y hoy hemos transitado por un proceso político más parecido al bloqueo. Pero la idea de bloqueo en realidad es inexacta. Parecería más bien que la energía social se ha venido conduciendo hacia los cauces más oscuros que potencialmente se hallaban ya germinados.

La institucionalidad actual tiene atrapados a los principales actores políticos (partidos políticos y gobiernos) en el quehacer de su propia reproducción como principal objetivo. No hay proyecto político para el país sino un conjunto de proyectos partidistas y casi personales de lucha inmediata por el poder.

La aparición y expansión vertiginosa del poder del narcotráfico y de la delincuencia a gran escala, ha modificado finalmente las posibilidades políticas y es el que parece estar aprovechando mejor la “oportunidad” que genera el vacío de proyecto. Se trata de fuerzas dotadas de una gran capacidad de disuasión paramilitar y financiera. Los 30 mil millones de dólares que se calcula ingresan al país por esta actividad, la han convertido en uno de los sectores más rentables. Sabemos que parte de este poder financiero sirve para corromper a las estructuras de gobierno. Así que sería posible afirmar que lejos de una reforma democrática de las instituciones asistimos a un embate por profundizar su capacidad autoritaria y mafiosa.

El narco-poder se convierte de facto en un proyecto con capacidad de socavamiento de las fuerzas democráticas del Estado y pone en el campo político su propio proyecto de país. Uno de los escenarios nada despreciables en términos de probabilidad de ocurrencia es el tránsito hacia la construcción de un narco-Estado.

Si a esto se suma la probabilidad del regreso del PRI al ejercicio del poder ejecutivo, puede interpretarse como un claro bloqueo ante el desafío de la construcción de futuro. Parece que nuestra sociedad tiene nostalgia de autoritarismo.

## **Ser democráticamente autoritario**

El proyecto del partido actualmente en el poder parece haberse agotado. Se trata de un objetivo nunca anunciado explícitamente pero que puede inferirse sin dificultad de su propio ejercicio del poder durante ya casi dos sexenios. Estos dos gobiernos han tenido su oportunidad de conducir a la nación hacia un proceso de construcción de la democracia efectiva y al parecer se han conformado con ejercer el poder. Se trataría de no romper con el estado fundamental de cosas, de dejar intacta la institucionalidad corporativo-autoritaria.

La primera presidencia de un partido diferente al PRI, terminó decepcionando a causa de la expectativa fundada, justificada y argumentada que había hecho nacer en las mayorías ciudadanas. Al final, se impuso “el estilo personal de gobernar”. El actual gobierno tampoco permite vislumbrar ese objetivo de transformación que se vuelve ya impostergable. Su estilo es distinto, pero su resultado, en términos de reforma institucional, viene a ser el mismo pero con el agravante de seis años más de espera.

De esta forma lo que hemos vivido a partir de 2000 no es el proceso de transición democrática sino más bien **una alternancia partidista con continuidad de régimen**. Es decir, se trata de una perseverancia institucional con relevo de partidos en el ejercicio del poder.

El régimen vigente está diseñado desde su origen, hacia finales de los años veinte, para lograr un eficiente control político y social. Es un Estado corporatista. De allí surge también el poder casi absoluto otorgado al Presidente. En la práctica esto creó un sistema territorial de gobernadores – caciques encargados de replicar la misión de control político; en esto, los gobiernos post-revolucionarios, han replicado el esquema porfirista de control político.

Los gobiernos de la alternancia no han dicho una sola palabra de esta situación. Se han acomodado y han disfrutado del sistema institucional y lo han usado en su beneficio, tal y como lo han hecho todos los gobiernos post-revolucionarios.

### **¿Es posible que el régimen se auto-reforme?**

El PRI nunca se fue y está ejerciendo su capacidad de poder a través de sus instituciones; una de ellas quizá la más perniciosa, es la relación corporativa de Estado. En este régimen corporativo la relación con los ciudadanos pasa por la relación con las organizaciones que el propio Estado ha concebido para representarlos. Así se explica la importancia de los sindicatos patronales y de trabajadores en los compromisos sociales de los gobiernos del régimen. Los sindicatos a su vez, sean estos de trabajadores o patronales, son el instrumento del poder para garantizar el control político de los ciudadanos patrones, trabajadores, campesinos, clases medias...no de su representación social. Esto se mantiene y es una de las instituciones más antidemocráticas que existen.

Otra de ellas es la administración y procuración de justicia. Nacida dependiente del poder ejecutivo y concebida, en los hechos, como una de las más poderosas armas políticas, se ha convertido en uno de los mayores desafíos para el proceso de transición democrática.

Se nos ha hecho creer que la alternancia en el ejercicio del poder por partidos distintos al PRI es ya nuestra democracia, cuando no es más que eso: la posibilidad de que el poder sea ejercido de la misma manera que el PRI por otros partidos. No es posible ser democrático al interior de un régimen autoritario y mafioso. Es imposible ser un demócrata cuando lo único con que se puede serlo es con instrumentos que no fueron concebidos para ser democrático.

Pero bien sabemos que los partidos políticos se acomodan muy bien al concepto de Estado corporativo. Lo han demostrado al dejar a la legislación laboral intacta y sobre todo fuera de toda posibilidad de reforma constitucional. Los actuales gobiernos se han entendido muy bien con las organizaciones corporativas y las han usado como en los mejores momentos del régimen priista.

Quien accedió a la primera presidencia no priista desde que ese partido existe, se traicionó y traicionó a los que en él confiaron, o bien, sabía que se trataba simplemente de su turno de disfrutar del ejercicio del poder, del mismo poder y de la misma forma de ejercerlo. ¡Echar al PRI de los Pinos! Significaba en realidad querer ocupar su posición, no transformarla.

Pero cuidado, éste no es un tema de filiación ideológica, la izquierda, toda ella, no ha querido poner el problema en la mesa del debate político. Para una parte importante de la izquierda, el problema es de "honestidad" en el ejercicio del poder. Como si todo fuese un asunto de ser honesto dentro de una estructura corrupta.

Cuando en el 2000 se abre la posibilidad del cambio, del camino hacia la transformación profunda, lo que se hace es dejar intacta la casa del déspota e ir a ocuparla. Lo que hemos vivido estos casi doce años es la incapacidad para deshacernos del lastre que nos impide abrir la democracia. Lo que hemos hecho es simplemente crear otro espejismo y hemos perdido todo este tiempo, mientras nuevas fuerzas antidemocráticas aprovechan este enorme descuido para posicionarse y tratar de posesionarse del país.

Pocos son lo que se atreven a reconocer que el 2000 fue el inicio de una larga jornada de trabajo ciudadano por empujar hacia la construcción de las estructuras del nuevo régimen. El comienzo de la transición de México a la democracia.

La democracia, a estas alturas de la historia mexicana, no es una cuestión de espera sino de decisión por constituirla y por actos que den cuenta de esa decisión. Hasta ahora, nuestra clase política no muestra interés por ninguna de estas dos condiciones.

En este sentido, la sociedad civil en su proceso de organización de su propia expresión plural debería sustentar la aparición de estructuras que permitan el ejercicio de la democracia más allá del ritual del voto. La democracia participativa se impone como el espacio pendiente para generar una dinámica de diálogo, deliberación y juicio ciudadano en torno al comportamiento e iniciativas

gubernamentales. Es en esta dirección que apuntan la creación de instancias como el Consejo Económico y Social o la reforma del sistema de gobierno.

### **Los caminos posibles**

Las posibilidades de encaminar a nuestra sociedad hacia la construcción de la democracia, dadas las tendencias actuales, se reducen conforme pasan los meses. En efecto, por un lado, el avance claro de las fuerzas mafiosas de la delincuencia representa una de las tendencias dominantes con más capacidad de construcción de futuro; Por otro lado, está la nostalgia del pasado que se manifiesta con las tendencias electorales que parecerían darle fuerza al PRI.

Lejos entonces de alimentarse con deseos de producir lo que no existe, pero anhela, se diría que la sociedad se bloquea y prefiere a lo que le causó “daño controlado”. Así, parecería que las fuerzas del miedo, del conformismo y de la falta de imaginación van ganando terreno.

¿Qué hacer entonces? Sería delirante pensar que la respuesta pueda provenir de alguna persona. Quizá lo que tendríamos que estar alimentando cada vez con más fuerza es la fuerza democrática organizada. La primera tarea debería de ser, dado el actual entorno, saber a qué es a lo que hay que decir NO. Al mismo tiempo, dejar en claro los cuatro principios fundamentales de la democracia que queremos ver erigirse por las mayorías. Esto tiene que ser precedido por la construcción de nuevos liderazgos y por un liderazgo que resuma y promueva la transformación.

Este liderazgo creo que tendría que partir de la reivindicación de la Ética. Lo primero a lo que hay que decir NO es a la forma actual y acostumbrada en México de hacer política y de hacerse político. Queremos políticos que defiendan el compromiso social con el bien, la honestidad, la vida, la solidaridad, la inclusión, el debate, la crítica, el bien colectivo y la riqueza de los más, el trabajo productivo, la imaginación, la creatividad y el futuro. Esto se opone a lo que va ganando terreno encabezado por la corrupción y la violencia.

Pero sabemos que la sociedad en abstracto no existe, lo que existen son grupos sociales cohesionados a partir de intereses que se encuentran en las relaciones macro-sociales. Así sería necesario alimentar esa fuerza democrática organizada por medio de nuevos espacios en vías de institucionalización. Algunas ideas en ese sentido se han ido esbozando en estos últimos 10 años. Un ejemplo lo constituye la iniciativa por crear espacios para la democracia deliberativa y participativa con figuras como la del Consejo Económico y Social. O bien avanzar en la Reforma del Régimen de Gobierno induciendo una estructura que fuerce la negociación y el acuerdo para gobernar como por ejemplo un régimen parlamentario con la introducción de la figura de primer ministro cuya permanencia dependa de las relaciones entre las fuerzas políticas.

Sería conveniente atender a la necesidad de avanzar en la desaparición de las principales estructuras corporativas como la legislación laboral actual y desmontar de una vez todo el aparato de control político y social que obstaculiza la liberación de la creatividad política.

Pero en todo lo anterior existe la amenaza de la cultura política autoritaria. ¿De qué sirve un Consejo Económico y Social en manos de la práctica y costumbre corporativas? ¿Para qué reformar la legislación laboral si queda intacto el artículo 123 de la constitución? ¿De qué sirve encabezar una reforma política acotada por el poder corporativo?

Así, la tarea urgente es crear un liderazgo de “masa crítica” o sea una fuerza social democrática que fuerce a las estructuras a avanzar hacia nuestra transición y pobleemos las calles con esa voz. A todos conviene marchar de manera negociada hacia una democracia plena. El mismo poder económico no puede consolidarse bajo las pautas actuales de gobernabilidad; si queremos hacer de México una potencia mundial no es bajo los actuales patrones de relación política que más bien trabajan en aras de la depredación del potencial y el enriquecimiento cómplice de corto plazo.

Pero ante nosotros se levanta el gran obstáculo de la violencia creciente. Ese es uno de los puntos más delicados por abordar. Nos enfrentamos con una cultura de la violencia de la que son su excrecencia los violentos. Nos enfrentamos con una cultura de la corrupción junto a los corruptos; nos enfrentamos con una cultura de la dejadez y el absurdo que se apodera de la llamada “modernización” de nuestras ciudades.

Se impone entonces con urgencia la creación de unos espacios en donde podamos plantear la gravedad de nuestra situación y convoquemos a la construcción de un nuevo liderazgo político alejado de las viejas retóricas radicales (de derecha, de izquierda y populismos de todo cuño) que se estimulan recíprocamente y que paralizan nuestro desarrollo.